

LA AVENTURA DEL BANCADEROO

(por MOFFATT, el memorioso)

Cuando fundamos el Bancadero, nosotros veníamos de la Peña Carlos Gardel , que fue interrumpida por la dictadura militar, y que era una comunidad terapéutica para psicóticos, en el fondo del Borda; quedaba dentro del Hospital, pero fuera de la Institución . Era una comunidad alternativa autogestiva, que reunió a mucha gente (habrán pasado unos quinientos pacientes del fondo del Hospicio) y tuvo un desarrollo muy complejo: tuvo cooperativas de trabajo, talleres de sastrería, de pintura, literarios, una Universidad Obrera, y, fundamentalmente, fue un lugar comunitario donde se generaba alegría, vínculos, y tareas grupales. Algo muy importante eran las Asambleas de Comunidad, donde se discutían, arreglaban y votaban los temas de interés común. Todo esto está narrado en el libro Psicoterapia del Oprimido, que, en Brasil, ya tiene diez ediciones de la traducción portuguesa y en Argentina vamos por la sexta.

Veníamos de eso, cuando ocurrió la noche negra, sangrienta y trágica de la dictadura. Yo me mantuve absolutamente fuera de la vida pública, trabajando y viajando mucho en Brasil.

Anteriormente a eso yo había hecho una experiencia de resocialización de pacientes del Hospital Psiquiátrico de Brooklyn, en Estados Unidos, y había visto toda la efervescencia de la cultura hippie, libertaria, de "hagamos el amor y no la guerra", y las comunidades negras, como la de los Black Panthers, es decir, todo lo que eran formas autogestivas y alternativas. También había conocido a Maxwell Jones, quien definió las características de la comunidad terapéutica.

Pichon nunca hizo una comunidad terapéutica; él era un pensador en general, desde el psicoanálisis, aunque creó el Servicio de Adolescentes, en el Borda , en un momento, donde lo dejaron sin enfermeros y él convirtió en enfermeros a los pacientes más lúcidos, entrenándolos como grupo operativo. También me apoyé en la valiosa experiencia de Raúl Camino, en la colonia Ciudad Federal. También en lo que trabajé con Ricardo Grimson en el Hospital Estévez, donde hicimos la Peña El Fogón, donde hacíamos reuniones para trescientas mujeres internadas, en el que, a través de un modelo de kermesse popular, se

generaba un espacio de intenso intercambio, con música, baile, comida, y distintos talleres de teatro. La consigna de este club era

"Luchemos unidos por un mundo mejor". (Por supuesto, cuando vino el gobierno militar tuvimos que cambiar la consigna.)

La Peña coincidió con el camporismo, con el auge de todas las formas comunitarias, el rescate de la cultura y la dignidad popular, y se proponía "repartir la locura" desde un proyecto nacional.

Veníamos, digo, de todo eso, y se produjo la Guerra de las Malvinas, con su gran fracaso, y durante el último año del gobierno militar bajó el nivel de represión. Empezaron a aparecer todas las formas de salir de la noche negra, como el Teatro Abierto, Encuentros en el Parque, y todo eso, y salimos nosotros con esta idea de una comunidad terapéutica alternativa, autogestiva, para neuróticos (la Peña había sido para psicóticos). Yo había trabajado también en EE UU, en el Maimonides Health Center, un centro de salud mental de allá, con Angel Fiasché, quien luego me ayudó aquí a configurar la idea

Yo tenía la Escuela de Terapia de Crisis, y saqué un libro, Terapia de Crisis, que presenté en la Sociedad Científica Argentina (no dentro de la institución, sino en un salón que se alquilaba para actividades de salud mental), donde se había fundado la APA. En esa presentación, propuse hacer una cooperativa de salud mental, cuando aún no tenía configurado el Bancadero. Tengo que rescatar lo que dijo en ese momento Ernesto Warnes, (que ya falleció): "Acá el bancaje es importante, hay que hacer un centro alternativo, cooperativo..." . El quería llamarlo Enrique, por dos Enriques importantes, Discépolo y Pichon Rivière. Y luego, cuando nosotros andábamos con la idea de hacer algo, me acordé de él, y le tomé lo de bancaje, que me llevó a Bancadero. Me preguntás si no surgió Lloradero, y te digo que no, porque hubiera sido muy deprimente, aunque era un lloradero, pero también un broncadero, que son las dos catarsis que la gente tiene que hacer.

En esa empresa yo metí todo mi capital, de personas, de guita, disolví mi Escuela de Crisis, e hice el Semillero. Incluso se me generaron conflictos personales, porque metí todo en esa olla. Y me dediqué a armarlo. El proyecto era delirante, loco, porque llevé allí a gente que se había enganchado cuando hacíamos las reuniones en la Escuela de Terapia de Crisis, que funcionaba en el consultorio de Ernesto Warnes. Y junté gente, y la entusiasmé , como antes lo había hecho para la Peña Carlos Gardel, y empezamos a buscar una casa. Patricia

Gorocito encontró un lugar absolutamente abandonado, una casa muy grande, que se había usado como depósito de un almacén, y antes había sido un conventillo, el "Convoy del Aguila", porque había un águila arriba. Y antes había sido un prostíbulo de Ruggierito, el ladero del caudillo Barceló, de Avellaneda. En su época de esplendor había sido una casa señorial, con dos patios coloniales, quince habitaciones, y un diseño muy criollo, con un primer patio social, y el segundo para la intimidad de la familia. Había un olivo grande que no daba aceitunas, pero había toneladas de basura. Los pisos estaban absolutamente destruídos, no tenía agua ni luz: era un baldío disparatado. La alquilé yo, con la garantía de Arnaldo Kon, y de Isabel Urrea.

Lo lógico, si uno quería poner un Centro de Salud Mental, hubiera sido tener personal, un edificio adecuado, una habilitación y dinero, pero no había nada de eso. El personal era gente que yo había preparado en un curso seis meses de Auxilio en Crisis, y menos podíamos pedir habilitación de Salud Pública, ni nada. Aparentemente, la intención de hacer un Centro de Salud Mental en esas condiciones era disparatada. Pero se ve que la dirección era correcta, porque la gente se enganchó. Y también tuve dos ayudas importantes: una era la casa, que destruida, podrida y todo, era hermosa, y la otra fue que, por esos días, salió un artículo de María Esther Giglio, que había sido paciente mía, titulado "Curaos los unos a los otros" , a dos páginas, en Clarín, donde hablaba del Bancadero.

Ese artículo salió un domingo, y como consecuencia, el lunes a la mañana, había más de cuarenta personas afuera, esperando para entrar. Nos miramos desesperados, preguntándonos que íbamos a hacer, y por fin los hicimos pasar, y en las piezas de adelante (las barrimos un poco primero) nos sentamos todos en el suelo, e hicimos una reunión. Esto demuestra que cuando hay una necesidad, aparece de alguna manera la configuración física. Estábamos en los finales de la noche trágica del Proceso militar, y había esperanza, ya que, si bien no había terminado la dictadura, había aflojado. Fue inmediatamente después de la Guerra de Malvinas.

Empezamos con grupos operativos, sólo de contención. Inmediatamente organizamos equipos, que no quise llamar terapéuticos, sino de asistencia. Y en vez de "terapeuta" y "paciente" (que corresponde a un modelo clínico), decíamos "asistente" y "asistido", que corresponde a un modelo más comprometido, más vivencial.

Acá quiero señalar cómo un recurso alternativo puede resolver una situación que parecía imposible. No teníamos dinero para arreglar la casa, pero sí teníamos pacientes. Los Centros de Salud Mental habían sido destruidos por la dictadura militar, y salíamos de una noche negra que había producido mucha angustia. Como “A grandes males, grandes remedios”, solucionamos esto transformando a los pacientes en “albañiles”, a través de técnicas de trabajo terapéutico (que habíamos ya desarrollado con éxito en el Hospital Borda). La jornada se dividía en dos horas arreglando, con las técnicas de grupo operativo de Pichon, la habitación que ese grupo terapéutico iba a utilizar, y una última hora en la que se elaboraban las ansiedades y logros que había generado la tarea. Cuando el grupo terminaba la habitación, se hacía un festejo. Vimos que la reparación física del hábitat servía para simbolizar la reparación subjetiva de los síntomas de impotencia, soledad, y paralización que son la base de un padecimiento psicológico.

Como era el último año de la dictadura militar (Bignone) teníamos que cuidarnos de la represión que todavía existía. Lo manejé con una estrategia sistémica. En vez de ir a pedir permiso, fui a la comisaría y le dije al comisario que, nos hacíamos cargo de que la gente estaba muy angustiada estábamos creando un centro de salud mental alternativo, como una patriada solidaria en la que nos jugábamos, y nosotros considerábamos que estábamos haciendo un bien a la comunidad, "como Uds., que protegen a la comunidad, pero Uds. cobran, y nosotros no". Entonces, les pedí que nos donaran algún mobiliario que tuvieran en desuso, a lo que me respondió que “no podía darnos nada porque todo estaba inventariado”, como disculpándose. También le pedí que nos cuidaran la casa, lo que él aceptó, y cada vez que pasaba el patrullero nos saludaban. Con lo cual quedó salvado el peligro que podían representar cuarenta barbudos entrando en una casa desocupada.

Si hubieran venido los de Salud Pública, yo había preparado decirles que era una casa que yo había alquilado y que todos lo que iban eran amigos míos (eran como trescientos) que venían y con los que conversábamos de temas de la infancia. Les iba a ofrecer que revisaran bien que revisaran bien para ver que no había ni divanes ni electroshock. Nada que ver con psicoterapia oficial. (Pero, en 23 años no vinieron nunca...)

Después de un tiempo vimos que era conveniente tener alguna forma de organización legal. Estudiamos las posibilidades y vimos que la mutual era lo más conveniente, porque la cooperativa era más quilombo. Fundación era imposible, porque éramos todos unos secos.

Después, se fue armando con el esfuerzo de todos. Fue una obra de amor comunitario. Por ejemplo, la cañería de agua se fue haciendo a medida que íbamos encontrando pedazos de caño y lo llamábamos a un vecino que venía y lo soldaba a lo anterior. Y cuando llegaba el agua a cada habitación, hacíamos una fiesta. Así, de a poquito, llegamos hasta el fondo.

También estaba "Jorge Luz", del equipo, que lo llamábamos así porque iba haciendo la instalación eléctrica con pedazos de cables añadidos. Gas todavía no teníamos. Y de a poco, fuimos consiguiendo todos los servicios. Era una economía de posguerra, pero altamente eficiente, ya que yo, por ser arquitecto sabía, por ejemplo, que las paredes y el techo (a pesar de algunos agujeros) estaban bien, y también Rodolfo Livingston nos había asesorado. Nos faltaban sólo algunos detalles insignificantes, tales como el piso. Y como éramos gestálticos, sillas no necesitábamos, sino que hacíamos almohadones con colchones viejos que juntábamos de todos lados, y los cortábamos a lo largo. Luego, con el tiempo, algunas cosas se fueron sustituyendo. Además, teníamos un almohadón que eran como una víbora gigantesca, de cinco ó seis metros de largo, que usábamos para los grupos. Le decíamos el "chorizo".

Pichon, desgraciadamente, se había muerto ya, pero el estilo de Pichon estaba presente, e incluso lo que yo había aprendido de Fiasché, tenía un fondo pichonesco. Pero, en total, lo que se usaba como tecnología era algo que yo armé con las estrategias de los hippies, lo de los Black Panthers, la experiencia de Raúl Camino, el Centro Piloto de Ricardo Grimson, lo que hicimos con Angel Fiasché en el manicomio de Brooklyn, pero creo que lo que primaba era el pensamiento de Pichon.

La gente que trabajaba no cobraba nada, pero ganaba en entrenamiento, y en un lugar de pertenencia muy fuerte. El entrenamiento era de primera, porque los que venían a supervisar eran Fernando Ulloa, Gregorio Barembliit, Armando Bauleo, Fidel Moccio, Alberto Casal, Mabel Goldemberg, Ernesto Warnes, o sea, la crema de nuestro ambiente psi. Si venía algún tipo muy importante de Italia o de otro lado, iba a parar al Bancadero. Y Víctor Palmieri, pobre..., que se murió, que era compañero mío en el grupo de Tato, era el que hacía los *services*, como le decíamos, del Grupo Base.

Teníamos una estructura democrática, con un grupo base, donde, como broma se decía, que *"la gente votaba hacer lo que Alfredo ya había decidido"*. Como en toda organización, que

cuando comienza, necesita un capitán. Actualmente, 23 años después, soy presidente honorario, “el abuelo de consulta” cuando hay quilombos grandes.

En la presentación del capítulo hay varias fotos de aquella época. En el Grupo Base éramos como quince, entre los que había pesos pesados, como los dos Carlitos, Carlos Sica, y Carlos González, Nora Matti, Ernesto Iriarte, Ahuva, Aída Ioya, Ida Galer, Raúl Abulafia, Roberto Villanueva, y mucha otra gente que también después hizo bastante carrera. Marta Berlin también nos supervisó, creo que había venido con Fernando Ulloa. También fue de la partida Carlos Campelo, que luego creó los talleres del Hospital Pirovano (con 2000 pacientes).

En el Banca, se trabajaba con toda seriedad. Lo que pasa es que a la psicología oficial, evidentemente, esto le daba una patada en el hígado . Nosotros no respetábamos todo ese ritual almidonado, de pobreza operativa en las crisis, ese mundo del encuadre ritualizado. Por supuesto que yo, por años, fui considerado por los psiquiatras y psicoanalistas oficiales, como el improvisado, el intruso en el sagrado mundo psi. Ultimamente (tardaron más de 20 años) el ambiente me reconoce más que todo porque la realidad viene para el lado donde yo estuve siempre trabajando, la marginación, la violencia y la crisis.

El Semillero, que era el curso de ingreso no era joda. Y los talleres de psicodrama que hacíamos de sábado y domingo eran muy intensivos, con mucho compromiso del operador en la resolución de las nuevas psicopatologías y sociopatologías, en estas épocas de aguda crisis social

La terapia en el Bancadero estaba atravesada por el humor, el arte, la trasgresión, la informalidad. En las Universidades que he conocido, como Cambridge, por ejemplo, es todo muy informal, y parece que estuvieran de joda, pero eso les da una flexibilidad mental con la que, al final, se mandan una teoría que caga a medio mundo.

En el Banca, nosotros también parecíamos informales, pero se trabajaba muy estrictamente, con encuadres, con supervisiones, reuniones de área (psicología, laborterapia, arteterapia, etc.).

Los carnavales del Bancadero eran ocasión de juegos psicodramáticos. Se decía “Vení a bailar desde tu fantasma preferido”. En los grandes patios, más de 300 personas honraban la fiesta del disfraz, el baile y la alegría (eran ceremonias altamente terapéuticas. Esto, para la ortodoxia, fue malignamente esgrimido como para indicar que no podía existir seriedad

terapéutica, porque los pacientes, en vez de sufrir, se divertían. Pichon decía que hay sólo dos cosas que desarman a la locura y la paranoia: el amor y el humor.

Pasaron muchos asistidos, y llegó a haber diez, quince grupos en funcionamiento, con dos o tres turnos por día. Los jueves y viernes eran los días más llenos, con dos super-turnos, de Carlos Sica y Ernesto Iriarte, con veinte asistentes en cada uno. Se había complejizado mucho, con el área de laborterapia, el área corporal, el teatro, y Ahuva, con el taller de pintura.

Fue una época de efervescencia comunitaria, muy romántica, muy trasgresora, jodona, En las fiestas de carnaval todos se disfrazaban: las psicólogas, los pacientes, y todos bailaban, y parecía que se desarmaba la estructura terapéutica. Pero al día siguiente, cuando recomenzaba el horario de terapia, cada uno recobraba su rol, porque la estructura de los roles estaba internalizada.

Si me preguntan cómo hacía para que en las personas formadas en forma ortodoxa no aparecieran eso del encuadre, y otras rigideces, tendré que decir que no tenía personas formadas en forma ortodoxa. En su mayoría eran psicólogos sociales y estudiantes de psicología clínica. Y también gente con habilidad reparadora formada en los Semilleros de ingreso.

Inicialmente, tal vez por el perfil alternativo de la experiencia, sólo tuvimos dos psicólogas clínicas. A los seis meses de empezar, se rebelaron y generaron un golpe de estado... Igual después trabajaron bien, y quedamos en buenos términos, pero, yo pienso que por el nivel intensamente emotivo de los reproches, en realidad, cuestionaban al padre...Yo dejé que lo hicieran, y como querían que no hubiera coordinador general entonces me retiré durante una semana y me fui a Capilla del Señor (como cuando De Gaulle se fue a Chateau des Eglises, un pueblito de cerca de París). Se armó una podrida muy grande, y se armaron conflictos internos porque faltaba el "director de orquesta". Se paralizó la atención a los asistidos y tuvieron que volver a llamarme. Claro, porque querían el poder pero no lo sabían usar. Yo me había ido allá para estructurar todas las normas técnicas y encuadres institucionales del Bancadero

Yo consulté con Tato Pavlovsky, y con Fidel Moccio y, desde allí, ya quedó la estructura básica del Bancadero, que continúa hasta ahora, después de 23 años. Así todo siguió bien unos dos o tres años, con mucho entusiasmo. Después, ese entusiasmo fue decayendo,

porque el país entero fue cayendo, y, más o menos, a los cinco años, con menos grupos funcionando, ya no hacíamos los carnavales como antes; había empezado, podríamos decir, la crisis social de aislamiento, de empobrecimiento y de individualismo.

Hasta que hicieron la mudanza a la calle México, estuve activo, incluso ayudé en la mudanza. Allí, recuerdo que una de las veces que volví fue cuando habían muerto dos miembros de un grupo, que se habían ahogado con un bote en el Río de la Plata. Fue una situación impactante para todos, y estuve trabajado con el grupo el tema del duelo y de la muerte.

Durante los primeros ocho años yo conservé la coordinación general, y la didáctica de la teoría y la técnica que daba en el Semillero, y con eso le di coherencia a la ideología reparatoria.

Hacíamos unos Laboratorios de un domingo entero, que eran bravos. Yo había conducido talleres psicoterapéuticos en universidades de Brasil, durante la dictadura argentina.

Teníamos el criterio de que el máximo lapso que un asistente podía atender en el Bancadero a un grupo de pacientes, era de nueve meses. Si se daba el caso de que, al cabo de nueve meses, el grupo estaba satisfecho con el asistente, y quería continuar con él, lo seguían en el consultorio de él.

Teníamos mucho cuidado: menores no recibíamos, ni drogadictos, y tampoco psicóticos, salvo que fueran psicóticos en rehabilitación, dentro del Psicoclub, que creó Carlos Sica, y luego continuó Alicia Memo.

La experiencia del Bancadero fue bastante compleja, se atendieron muchísimos pacientes, y, además, se puede decir que nunca hubo una politización, nunca fue copado ideológicamente, y tampoco se transformó en una empresa comercial, aunque a veces hubo unos tiroteos científicos entre psicólogos sociales y psicólogos clínicos.

Tampoco hubo un *laissez faire* de la joda, de la irresponsabilidad, porque una cosa es la trasgresión y otra no cuidar el encuadre terapéutico. En el clima de afecto se armaron muchas parejas: legales, ilegales, visibles, ocultas..., pero siempre amorosas.

El primer ensayo de futuros bancaderos yo lo armé a los once años, en el garaje de mi casa: el "Club Rex", al que los chicos iban a leer, porque yo tenía muchas revistas de aquel entonces, como el Rico Tipo, el Patoruzito, Mundo Argentino, y Leoplán. Y los chicos iban a leerlas allí; había elecciones de Comisión Directiva, pero con lista única, donde yo siempre

era el presidente. Y después en la Facultad de Arquitectura, donde me recibí, yo era el que hacía las kermesses. Las últimas dos que fueron enormes, de toda la Facultad, las organicé yo; se trastocaba toda la vida de la Facultad. Allí, durante mis últimos años, yo fui "very popular" porque tenía un gigantesco periódico mural "El andamio". Lo único que no me gustaba era hacer planos de casas.

Y todo eso me dio muchos elementos. Y mi parte de arquitecto fue la que me permitió organizar esto: el costado poético, estético, surrealista, muy cerca de arte y locura, que tenía el Bancadero, y la organización y planificación institucional.

El Bancadero fue una aventura humana en la que participó mucha gente que pudo armar aquello que llamábamos "un espacio solidario para compartir la angustia".